PARA OIR A LOS SIN VOZ
POSIBILIDADES Y LIMITACIONES
DE LA HISTORIA ORAL

MICHEL BAUD

En el número de *Ciencia y Sociedad* correspondiente a enero-abril de 1984, publiqué mi artículo "La gente del tabaco", un estudio de caso de una comunidad campesina de la República Dominicana.¹ Aunque más de cincuenta notas acompañaban el artículo, refiriendo cada una a por lo menos un estudio erudito, la mayor parte del artículo se fundamentó en mis observaciones y en las entrevistas hechas a los hombres y mujeres de la región. No tanto documentos o fuentes escritas, cuanto los testimonios y relaciones orales confiados a mí como historiador, hicieron posible la investigación. Por eso, aquél fue un ejemplo típico de lo que se ha venido a llamar: "historia oral": historiografía basada en el uso sistemático de informaciones orales recogidas de los mismos labios de los actores históricos.²

En aquella ocasión no me fue posible profundizar las ventajas y problemas específicos de este método de investigación histórica. Como me parece importante esta profundización, he decidido publicar este artículo como complemento del primero. Y esto a dos niveles. Por un lado, quiero ofrecer a los lectores interesados un cierto instrumental para que puedan comprobar y juzgar críticamente los datos que allí presentaba; por otro lado, porque la historia oral tiene grandes posibilidades en un país como la República Dominicana, donde las fuentes escritas resultan deficientes y en donde la mayor parte de la población nunca ha tenido la oportunidad de describir sus experiencias históricas.

En este artículo me propongo, pues, profundizar un poco más los elementos historiográficos que están conectados a las técnicas de la historia oral. Primero bosquejaré los puntos de partida implícitos o explícitos de la historia oral. En segundo lugar, presentaré los rasgos más generales de su método. Luego abundaré sobre mi experiencia en Villa González y los problemas técnicos y epistemológicos de la historiografía oral. Para concluir, esbozaré cómo podría contribuir la historia oral a la historiografía dominicana.

Agradezco la ayuda de Pablo Mella, quien ha hecho que esta versión en español suene mucho mejor que el original holandés.

La nueva historia social

La necesidad de fuentes históricas nuevas, no escritas, ha sido una secuela de los cambios verificados en la discusión sobre los métodos y la finalidad de la historiografía. La convicción reinante en el siglo XIX de que el conocimiento histórico surgía inmediatamente de los documentos archivados comenzó a perder fuerza en el siglo XX. Se debía admitir que la historiografía, al igual que el pasado que intenta comprender, está expuesta a las influencias de los cambios sociales y a la dinámica social. La historia no se escribe sobre, sino en el mismo centro de las relaciones sociales.³

Esta nascente noción hacía que muchos historiadores empezaran a dar un contenido distinto a la historiografía. Antes su interés se concentraba en los grandes eventos de la historia, los hombres destacados, el pensamiento y la cultura de las élites, lo que Redfield ha denominado **Great Tradition**.⁴

Bajo la influencia de diversas causas, se produjo un cambio, primero en Europa, luego en las demás regiones del mundo. La influencia del pensamiento de Marx y Engels, las nuevas nociones sobre la importancia de las dimensiones no-racionales y los resortes del inconsciente del proceder humano destacados por Sigmund Freud, condujeron a una ruptura ideológica, que poseía un gran influjo en las ciencias sociales europeas.⁵ El abismo horroroso de irracionalidad y bestialidad que causaron el fascismo y el nacional-socialismo en la Europa del siglo XX fueron otra prueba más de la falsedad del mito evolucionista, que veía a la historia humana como un sendero ascendente hacia la "civilización".

Tanto los sentimientos de superioridad del Occidente ante el resto del mundo, como el monopolio ideológico de la burguesía ante la clase trabajadora, recibieron golpes contundentes. Esto tuvo efectos distintos: significó la incipiente "descolonización" del pensamiento africano; en América Latina propició una reconsideración de su identidad cultural y nuevos esfuerzos para definir una cultura propia latinoamericana, distinta y en oposición a la tradición europea.⁶ En

Europa se desarrollaron varias corrientes que buscaron nuevas expresiones sociales e ideológicas, alternativas y opuestas al pensamiento burgués.

Sólo en los Estados Unidos estos cambios no han tenido una significación relevante. La sociedad norteamericana todavía no ha experimentado el fracaso de sus ambiciones imperiales o una lucha de clases aguda. Como afirma Vann Woodward: "sólo los americanos sureños han participado personalmente en la experiencia común europea de décadas de recios conflictos sociales y de cruentas derrotas militares".⁷ Al mismo tiempo, el desarrollo de una fuerte corriente marxista se vio obstaculizado por la ausencia de un movimiento obrero de cierta importancia.⁸

Los cambios en el ambiente intelectual no dejaron de afectar a la historiografía. Al principio fueron, sobre todo, los historiadores congregados en torno a la revista francesa **Annales** quienes protagonizaron estos cambios historiográficos. Nombres como el de Fernand Braudel, Pierre Hannu, Marc Bloch y Emmanuel de Roi Ladurie adquirieron fama mundial.⁹ Desviaron su atención de los cambios fuertes y los eventos políticos de corta duración, y empezaron a estudiar las estructuras de "larga duración" y los cambios lentos y graduales fundados en la vida material y las mentalidades colectivas de las sociedades humanas. Poco a poco se formó de esta manera la "etno-historia" y la historia de la mentalidad, en la cual se acentuaron la vida cotidiana y la percepción de los grupos humanos.

En Alemania el nacional-socialismo forzó una reorientación de las ciencias sociales. De esta reorientación se originó la llamada Escuela de Frankfurt, que reformuló las teorías de Marx y Freud, para encontrar una respuesta a los traumas de la historia alemana posterior.¹⁰ Bajo la influencia de esas ideas se desarrolló la historiografía "crítica", que se enfrentó a la influencia de las nociones positivistas del siglo XIX, a las que se achacaron los descarrilamientos ideológicos del siglo XX.¹¹ Rechazaron rotundamente el mito de una verdad histórica, señalando la inevitable subjetividad del historiador y la valoración moral de toda historiografía. Enfatizaron, por tanto, su contexto político y calificaron a la historia tradicional de instrumento de las clases dominantes. En otro orden, los historiadores críticos escogieron explícitamente un punto de vista en el que la emancipación de las clases subalternas cobraba una importancia central. Como es de esperarse, todo esto comportó una crítica ideológica que analizaba y rechazaba las preferencias de la historia tradicional y por otro lado prestaba una atención creciente a los grupos reprimidos y a los movimientos que querían cambiar la sociedad capitalista. En esencia, la historia debía servir como instrumento de emancipación.

Está claro que el pensamiento marxista tuvo una gran influencia en la formación de esas teorías. El mismo Marx consideraba la historiografía como uno de los elementos de liberación de la clase trabajadora. Sin embargo, el pensamiento marxista mostraba -y en América Latina todavía muestra- una tendencia preponderante macro-económica y sociológica, en la que sobre todo se analizan procesos generales del desarrollo de las fuerzas productivas.¹² Los historiadores críticos, sin embargo, los enfrentaron con investigaciones de la vida cotidiana y la percepción de las clases subalternas.

En muchas de estas características, esas tendencias marxistas se parecen mucho a la historia social que se formó en Inglaterra en los años sesenta. Esta corriente histórica -donde se destacan los nombres de E.P. Thompson, Christopher Hill y el norteamericano Eugene Genovese- ha sido llamada la historia "socialista-humana".¹³ A pesar de que parten de un punto de vista histórico-materialista, estos historiadores enfatizan sobre todo la posición social y el mundo mental de las clases subalternas. Muchas veces, valiéndose de las ideas y métodos de la antropología, tratan de analizar la dialéctica de los cambios sociales, que por un lado fomenta la opresión económica y cultural de manera estructural, pero que por otro lado hace posible que estos grupos sobrevivan y, mas aún, formen y mantengan su propia cohesión cultural y social. En su interpretación de la realidad social, estos historiadores muestran la influencia notable del italiano Antonio Gramsci, que consideraba los cambios sociales también como el resultado de un proceso dialéctico, en el que tanto las clases dominantes como las subalternas podían influir.¹⁴

Evidentemente, no se pueden tratar todos los matices teóricos de las corrientes indicadas en un resumen tan limitado. Sin embargo, podemos indicar tres ideas generales que se coligen de sus elaboraciones teóricas:

-Primero, todos estos historiadores rechazan la búsqueda positiva de la "única verdadera" realidad histórica, reconstruida a base de investigaciones empíricas y formada, supuestamente, independiente de la subjetividad del historiador.¹⁵ La nueva historia social sale explícitamente de la idea de que es en última instancia el historiador quien "construye" su historia por medio de sus elecciones e interpretaciones de las fuentes.

-Segundo, una consecuencia directa del punto anterior es que la nueva historia acepta una cierta subjetividad en la historiografía. Esta puede, y debe, ser matizada por la verificación cada vez más rigurosa de la investigación empírica (de ahí las notas y la bibliografía) y por la explayación de los métodos y las tesis iniciales. En última instancia, sin embargo, la historiografía debe ser considerada como el resultado de una confrontación inter-subjetiva del historiador y las huellas del pasado disponibles en documentos.

-Tercero, para concluir, muchos de estos historiadores consideran la elección de sus temas de investigación como una opción política e incluso moral. Quieren que su investigación histórica ayude a la construcción de una sociedad más justa. Esto lo hacen, por un lado, para desentrañar y analizar las estructuras económicas y políticas que son causa de la injusticia social. Por otro lado, escogen explícitamente el estudio de la gente sin acceso al poder, "la gente sin historia".¹⁶ Este enfoque origina la convicción de que el conocimiento de la historia puede ser un instrumento para la emancipación de las clases subordinadas y la formación de una auténtica contra-cultura.

La historia oral¹⁷

Las primeras experiencias del uso sistemático de la historia oral se realizaron en el Africa post-colonial. El deseo de los nuevos estados independientes de conocer su historia pre-colonial, con la finalidad de establecer una nueva identidad africana, forzaba a los historiadores a buscar fuentes históricas.¹⁸ No debe asombrarnos el que fuera sobre todo en Africa donde se empezó la utilización de la historia oral. Para una gran parte de la historia africana no se dispone de fuentes escritas. Para los siglos XIX y XX, los documentos proceden principalmente de los colonizadores europeos, con sus marcados prejuicios etnocéntricos y su imagen estática sobre la sociedad africana. Junto al renaciente interés por la arqueología, se empezó a usar lo que genéricamente se llama "tradición oral": informaciones históricas que perviven en las tradiciones y los cuentos, sobre un pasado que las generaciones presentes no vivieron.¹⁹ Se trata aquí de un conocimiento histórico que se había transmitido **intencionadamente** de generación en generación. En estas sociedades, en las que la escritura nunca fue nada importante, esta transmisión resultaba muchas veces sumamente exacta.

Por otro lado, el carácter premeditado de la tradición implicaba una cierta distorsión ocasionada por los intereses sociales de un sector de la comunidad. Como sostiene Vansina: "En última instancia, toda tradición existe sólo en virtud del hecho de que sirva a los intereses de la sociedad en la que es preservada".²⁰ Estas distorsiones sociales se encuentran sobre todo en las tradiciones sobre el origen de la sociedad, que legitiman la jerarquía social existente.

En el mundo americano, las tradiciones orales juegan un papel importante en las comunidades indígenas, sobre todo en los Andes. Estas tradiciones han posibilitado investigaciones interesantísimas dentro de la historiografía latinoamericana. El trabajo de N. Wachtel es el ejemplo más elocuente de tal corriente. Usando el folclore indígena y las tradiciones orales y analizando las fiestas populares, fue capaz de reconstruir con gran exactitud las reacciones

indígenas frente a la conquista española.²¹ Ha sido en Perú y México los países donde sobre todo se ha desarrollado un uso sistemático de la tradición oral.²²

En la historiografía europea y latinoamericana, no se destaca tanto la tradición oral, cuanto la investigación histórica que se funda en la memoria de determinadas personas sobre acontecimientos que ellos mismos han vivido.²³ No se trata, por tanto, de acontecimientos lejanos, sino del pasado correspondiente a la generación anterior. Esto establece evidentemente una estrecha limitación al alcance histórico de este tipo de investigación, que nunca puede remontarse a más de aproximadamente 80 años. Ahora bien, la gran diferencia de este método con el de la tradición oral se encuentra en que esa información, de hecho, no "existía" históricamente y es creada por el historiador. Hasta que él/ella no empezó su investigación y apuntó o grabó lo que contenía la memoria de este sujeto histórico, esta información sólo existía en la cabeza de las personas y faltaba por ello una significación histórica. Mientras la tradición oral ya era conocimiento público antes de que el historiador llegase, lo que transforma la memoria personal en datos históricos es la misma intervención del historiador.

En el caso de actores importantes en la historia, este método no es tan relevante (porque, por ejemplo, tiene la posibilidad de escribir su autobiografía); pero para la gran masa de la población, la intervención del historiador es la única manera de articular su versión de la historia. Por eso mucha gente ve la historia oral como el método para dar voz a los sin poder social, a las clases subordinadas, a "los sin voz". O, en términos más académicos, democratizar el discurso histórico.²⁴ Es esta dimensión, tan acorde con las ideas ya indicadas de la nueva historia social, la que da el impulso más importante a la historia oral.

Está claro que se le da una importante significación social y política a la historiografía oral. En las sociedades donde la clase dominante considera la promoción de los intereses de la gente sin poder social como algo muy sospechoso, el escuchar y tomar en serio a esa gente ya tiene implicaciones políticas directas.²⁵

Esta forma de historia oral puede subdividirse en dos tendencias.²⁶ Por un lado, puede interesarse por una interpretación nueva o distinta de los eventos históricos importantes. Eventos que en general ya están descritos, pero a los que la historia oral puede añadir otra dimensión, la visión desde "abajo". Un ejemplo muy claro es el de los libros de Jean Meyer y Ann Craig que prestaron atención a dimensiones nunca ponderadas de la Revolución Mexicana.²⁷ En República Dominicana han sido publicados recientemente dos libros -de Margarita Cordero y María Filomena González- que tratan

de añadir nuevas dimensiones a la historia de la lucha anti-imperialista de 1916 y 1965.²⁸

Por otro lado, algunos historiadores han utilizado entrevistas orales para obtener información sobre la historia de las clases subalternas mismas. No se interesan tanto por eventos políticos grandiosos, sino más bien por la vida cotidiana de estos grupos. La estructura social de los pueblos campesinos, los movimientos migratorios, las relaciones de producción, se constituyeron en temas de esta historia, que en ocasiones recibe el nombre de "etnohistoria". En general, este enfoque es complementario a una investigación más amplia que también toma en cuenta la dinámica de la historia nacional e incluso internacional. Ejemplos son los trabajos recientes de Roseberry sobre el campesinado venezolano y de Mallon sobre el de Perú.²⁹ Mi trabajo en Villa González tenía también un enfoque parecido.

Tal uso de la historia oral también implica un interés por el pensamiento y la percepción de la historia de las personas involucradas en ella. El historiador no puede limitarse a juzgar únicamente la "verdad" o "falsedad" de los datos históricos obtenidos por vía oral. Le es preciso analizar, empero, el pensamiento sobre la historia en sí. No se trata, por tanto, de la verdad o falsedad de los datos, sino de un análisis de la percepción histórica de un grupo social, es decir, del "discurso" que una comunidad posee sobre ella misma y sobre su pasado.³⁰ Sólo de esta manera se puede efectuar una comprensión directa de la cultura y el pensamiento de un grupo social, lo que los historiadores de la escuela *Annales* llaman "**la expérience vecu**", la experiencia vivida. Solamente así será posible establecer una nueva historia social que "establezca una articulación radicalmente diferente del pasado (...), no sólo porque considera al pueblo como objeto, sino sobre todo porque expresa su concepción. En este relato, el pueblo se convierte en el historiador de su propia historia".³¹

Un proyecto de historia oral: Villa González en el Siglo XX

La pretensión de mi pequeña investigación en Villa González fue la de hacer en el Cibao dominicano un proyecto de lo que hemos denominado "etnohistoria". En otras palabras, mi propósito era averiguar si es posible conocer y analizar los cambios en la vida campesina de este siglo, a través de entrevistas con la gente que ha tenido la experiencia.

El plan original para aquel trabajo de campo en el Cibao había surgido mientras estaba trabajando en el Archivo General de la Nación, en Santo Domingo, lugar donde empecé a estudiar los cambios sociales y económicos de la vida cibaeña. Los documentos me

aportaban muchos datos interesantes, pero a fin de cuentas no tenían las respuestas a mis cuestionamientos, a las preguntas de un historiador social: ¿Cómo vivía la gente en el campo al comienzo de este siglo? ¿Cuales fueron los cambios en la situación de los pequeños cosecheros? ¿Cómo se organizaba el cultivo del tabaco? ¿Cuál fue el papel de las relaciones sociales y familiares? Etc..

Los documentos escritos, sobre todo los que datan de finales del siglo XIX, ofrecen al historiador la visión constreñida de la élite comercial que vivía en la ciudad. Se habla sobre el "cosechero" y el "campesinado", pero nunca se escucha a la gente misma. Las fuentes de la época posterior, digamos hasta 1961, también adolecen de una gran distorsión, por un lado porque tenían el propósito de demostrar el éxito de las medidas trujillistas, y por otro porque la clase media del siglo XX -que escribía los informes- no estimaba mucho a la gente del campo.

Mi investigación de historia oral quiso ser un intento de llenar este vacío. Por razones prácticas,³² decidí establecerme en Villa González, y durante un período de dos meses viví allá. En ocasiones me trasladaba a Santiago, para consultar documentos importantes y sostener entrevistas con comerciantes y otras personas de la ciudad. Sin embargo, la mayor parte de mi trabajo tuvo lugar en la misma región de Villa González. Me había comprado una bicicleta: ésta me facilitó el poder moverme independientemente, sin apartarme demasiado de la vida diaria del pueblo (un peligro que corre muchas veces el que usa un carro). De esta forma podía estar al tanto de las cosas de la vida diaria. Esto daba oportunidad, por ejemplo, a que gente desconocida me parase y me diese el nombre de Don fulano, que recién había regresado de una visita a sus familiares en Nueva York y podía contarme mucho sobre la región. Los primeros contactos con la gente de la región fueron establecidos por medio de un empleado muy servicial del Instituto del Tabaco. Más tarde, los contactos se efectuaron casi sobre la marcha. Así tuve la oportunidad de conversar sobre el "pasado" en varias ocasiones con unos diez cosecheros mayores: la abundancia de la tierra, las recuas que transportaban el tabaco al comerciante, el ferrocarril de Santiago a Puerto Plata... También hablaba con frecuencia, formal e informalmente, con cosecheros más jóvenes, corredores y otras gentes del pueblo. Tanto por mi sexo, como por el hecho de que el cultivo del tabaco -y sobre todo el hablar sobre ello- es considerado una cosa de hombres, todos mis contactos iniciales fueron con hombres. Más tarde pude hablar también con "cosecheras", amas de casa (quienes tienen un rol importantísimo en el cultivo del tabaco) y obreras de los almacenes. Sin embargo, nunca podía establecer con ellas una atmósfera de informalidad como con los hombres.

Por preferencia personal, no me valí de grabadora para hacer

las entrevistas. Tomaba notas escuetas durante la entrevista, que luego ampliaba y complementaba de memoria en mi diario de trabajo. A pesar de todo, lamento el hecho de no haber grabado ninguna de las entrevistas. En primer lugar, me era imposible escuchar las grabaciones una nueva vez, para con más calma matizar mis primeras interpretaciones y poder hacer aflorar informaciones "escondidas". Y en segundo lugar, porque esta opción no me permitió referir las palabras mismas de los entrevistados. Por eso en aquel artículo surgió un gran abismo entre mi seco discurso académico y la abundancia de detalles y la riqueza de expresión de los cosecheros. Más adelante especificaré otra desventaja de la no-utilización de la grabadora: el imposibilitar a los otros historiadores controlar y verificar mis datos.

La finalidad principal de mi estudio fue la obtención de datos sobre la historia de la sociedad tabacalera del campo cibaño. Además, esperaba obtener una mejor comprensión de la percepción de la historia reciente, tal como existe en la misma comunidad. La historia de la República Dominicana en el siglo XX muestra muchos acontecimientos radicales, *in extenso* descritos en una perspectiva nacional. A mí me interesaba la repercusión de esos acontecimientos en la vida y el sentir histórico de la gente, en un pueblo del campo al margen de la sociedad nacional.

Pero investigaciones como esta última, dirigida a la percepción de un grupo social (persiguiendo, por tanto, la tercera meta de la historia oral como se expuso más arriba), requieren más tiempo y métodos más sofisticados que con los que contaba yo en ese momento. Una conclusión general, que se confirma en otras investigaciones, fue que los "grandes acontecimientos", aquellos de mayor importancia desde el punto de vista de la política nacional, han tenido un impacto en la gran mayoría de la población mucho menor del que generalmente se presupone. En el Cibao, no fueron tanto los trastornos políticos, las ocupaciones yanquis o la crisis de los años treinta, los hechos que marcaron la vida de la gente, sino más bien el trabajo irregular en el ferrocarril o los desmontes realizados para un gringo desconocido. En general, debemos dar la razón al historiador francés Joutard, cuando escribe: "Una de las formas de carácter no-institucional de la memoria oral es aquella relativa insensibilidad de los grandes eventos que esconde la vida de los pueblos".³³ La historia oral, en ese sentido, enfatiza sobre todo el peso de la vida cotidiana.³⁴

Problemas teóricos y técnicos de la historia oral

Resulta evidente que la historia oral no es simplemente un método nuevo, sino que implica muchos cambios en la perspectiva historiográfica y en su epistemología. De todos modos, para situar a

la historia oral como un enfoque aceptado dentro de la historiografía, es necesario perfeccionar sus métodos y explicitar sus dificultades epistemológicas. En base a las experiencias de muchos historiadores que han empezado a utilizar la historia oral, es posible hacer un breve resumen de algunas dificultades que se pueden presentar.

En primer lugar, está la epistemología de la historia oral a la que debe enfrentarse el historiador. Si es verdad que para los "fanáticos" de la historia oral, el tipo de conocimientos por ella obtenido no presenta ningún problema, no se puede ignorar sin más el hecho de que **el historiador mismo** crea una parte de las fuentes y datos. En cuanto a la tradición oral, se puede mantener el que ésta ya tenía una razón de existir anterior a la intervención del historiador; pero no se verifica lo mismo en la mayor parte de la historia oral. No se puede dejar de tomar en consideración que "en oposición con las fuentes históricas tradicionales, las entrevistas históricas se han estructurado en buen y en mal sentido, por la intervención activa del historiador".³⁵ Como hemos visto, en línea general, los entrevistados no eran conscientes de la relevancia de su historia, hasta el momento de la llegada del historiador, y éste empezase las entrevistas.

La historia, además, cuando es reconstruida a base de entrevistas y se refiere a un pasado bastante lejano, se ha distorsionado muchas veces por experiencias posteriores o por presiones sociales. También tienen una gran influencia las características psicológicas del entrevistado o sus preferencias políticas. Además, se trata de una historia que se ha formado, por lo menos parcialmente, por medio de las preguntas y la actitud del historiador; la confianza que sabe conseguir con la gente entrevistada y, muy importante, sus características "objetivas": sexo, nacionalidad, color, etc...

La índole de las fuentes orales no puede, por tanto, considerarse mecánicamente como de la misma clase que la de las fuentes documentales. Esto conlleva dos importantes características:

-El historiador debe estar consciente de su papel e influencia en el proceso del conocimiento histórico. Debe esclarecer su metodología, el contenido de sus preguntas y las características básicas de la gente entrevistada.

-Si las fuentes orales tienen que ser consideradas como pruebas historiográficas, entonces deben ser sometidas -como las fuentes escritas- a un examen crítico y preciso. Este examen podrá hacerse por comparación de datos de varias entrevistas o por comparación con las fuentes escritas.³⁶

Una atención acuciosa a esos dos puntos podrá dar mayor solidez a la historia oral y posibilitará una creciente asociación de la historia oral y la historia documental. Sin embargo, esos dos puntos

son muy generales. Como ya hemos visto, en la realidad donde se realiza el trabajo de campo, el historiador confronta muchos problemas prácticos que, aunque puedan derivarse de estos asuntos teóricos, a veces parecen mucho más inmediatos y urgentes que los problemas de la epistemología.

Muchos de estos problemas prácticos tienen que ver con el trabajo de campo que el historiador debe hacer. Sobre los problemas específicos de este tipo de estudios, es posible encontrar muchos estudios de antropólogos.³⁷ Algunos aspectos de ellos hacen referencia de manera especial a los estudios historiográficos.

El asunto más importante y siempre problemático es la selección de los informantes. En una investigación histórica, casi nunca es posible conseguir una muestra representativa. Muchas veces depende de la casualidad y la presencia de gente anciana, que puede y sabe recordar datos del pasado. Aunque al historiador le es casi imposible evitar una selección voluntaria, debe resguardarse de selecciones que le darán una visión muy distorsionada de su tema de investigación. En mi propio trabajo, por ejemplo, ya era tarde cuando llegué a darme cuenta que la mayor parte de mis informantes eran los cosecheros acaudalados y articulados.³⁸ La jerarquía social en la región, donde las familias pobres viven más lejos de las carreteras, incluso, a veces, detrás de las viviendas de las familias más influyentes, escondió esta distorsión al principio de mi investigación. Otro ejemplo es la distorsión, que prefiero llamar "masculina", que se repite con frecuencia en trabajos similares. En una sociedad como la dominicana, en la que el hombre controla la vida pública, resulta sumamente difícil encontrar informantes femeninas. Es evidente que en una investigación, sobre todo en la etnohistoria, puede conducir a una visión muy parcializada. En el caso de trabajos históricos, se tratará de una parcialidad más dañina, pues la experiencia muestra que las mujeres muchas veces forman el grupo que más sabe sobre la cultura y la historia de una comunidad.³⁹

Otro asunto importante es que el investigador casi siempre se ve precisado a echar un puente entre su propia cultura y la de sus informantes. Eso es evidente en investigadores extranjeros (como yo), pero ocurre por igual entre personas de un mismo país. Los historiadores y los antropólogos son generalmente académicos que viven en la ciudad y que pertenecen a una clase media, poseedora de una cultura distinta a la de la gente anciana, que generalmente ha vivido toda su vida en el campo. El caso de la India muestra que casi todos los investigadores que trabajaban en su mismo país se sentían como extranjeros, inmersos en un ambiente tan extraño, que para entenderlo les era preciso emplear mucho tiempo en comprender su cultura y su organización social.⁴⁰ Muchas veces se presentaba el problema del idioma, bien sea porque el investigador y

su informante hablaban idiomas distintos, o bien porque existe un "dialecto" distinto (como cuando un capitaleño trabaja en el Cibao). Esos asuntos tienen una gran importancia, ya que mucho depende de la confianza que exista entre el historiador y el informante.

Otro problema puede ser que a veces resulta difícil explicar la finalidad de las entrevistas; en otras ocasiones, existe suspicacia hacia el fin y el uso que se le dará a la información. Por ejemplo, yo estaba haciendo entrevistas sobre la historia de la agricultura tabacalera al final de la cosecha, cuando todos los cosecheros están ocupados en la venta de su tabaco. Muchos de ellos sospechaban en un primer momento que yo era empleado de alguna compañía de tabaco. Para evitar estos problemas, o al menos para estar conscientes de ellos, es imprescindible que el investigador posea un gran conocimiento sobre las estructuras sociales y la cultura de la región que estudia.

También, por otra causa, es de suma importancia dar la oportunidad a la población de la región de entender los objetivos y las preguntas de la investigación. Se espera que el informante no sólo confíe su historia personal al historiador, sino también datos más generales relacionados con el tema. Sostiene Henige que "el desafío más grande para el historiador es el de convencer a sus informantes que pasen de lo personal e idiosincrático a hacer conexiones, discutir temas y proveer perspectivas más amplias".⁴¹ Eso solamente es posible cuando ellos tienen algún conocimiento de la finalidad de la investigación.

Por fin, se nos propone un conjunto de problemas técnicos, que sólo puedo abordar de una manera muy breve. Lo más importante de todo es la manera de entrevistar. Como hemos dicho, las preguntas que haga el historiador influyen mucho en el resultado final. Por eso es menester hablar con cada persona por lo menos dos veces. Esta práctica dará tanto al historiador como al entrevistado la posibilidad de reflexionar sobre la primera conversación, corregir faltas o malentendidos y aportar nuevos elementos. Se debe evitar en las entrevistas las preguntas directivas, es decir, preguntas que sugieren en su misma formulación una cierta respuesta (y, por tanto, pueden ser contestadas con un "sí" o un "no") o una preferencia política o moral.⁴² También es importante darse cuenta de la situación en la que se realiza la conversación. La presencia de terceros, por ejemplo, va a influir mucho en el resultado final de la entrevista. Un aparcerero no tocará ciertos aspectos en presencia del terrateniente. Los jóvenes suelen ser más moderados ante la gente mayor. Las mujeres no hablan sobre determinados asuntos en presencia de los hombres. Pero debemos admitir también que las entrevistas en grupo pueden aportar informaciones nuevas, gracias a estímulos recíprocos.

Otro asunto es el registro de las entrevistas. El medio que tiene mejores posibilidades de precisión es, sin duda, la grabadora. A muchos investigadores, como el caso mío, les molesta el uso de la grabadora: mucha gente se siente incómoda cuando sus palabras son grabadas. A veces también crea un ambiente demasiado formal, que impide una conversación abierta y natural, hasta tal extremo que Thompson ha llegado a decir que sus informantes le han dicho las cosas más importantes al momento de despedirse, cuando había ya apagado la grabadora.⁴³

Otros, como Alain Craig,⁴⁴ niegan los efectos negativos de la grabación. Es cierto que para la mayoría de la gente la grabadora es impedimento sólo por un momento. A pesar de la prolijidad que supone el transcribir las cintas, es preferible hacer grabaciones. La ventaja mayor es que su uso hará posible el que los datos sean verificados por otros historiadores. David Henige, diciendo que esto es lo que hace precisamente aceptable la historia oral como parte de la historiografía, ha enfatizado repetidas veces la necesidad de esta verificación. Milita en favor del depósito de las cintas en instituciones públicas. Solamente de esta manera puede convertirse la historia oral en una parte integral de la historiografía.⁴⁵

Para terminar estas cortas referencias, tenemos que preguntarnos cuál es la mejor manera de presentar los resultados de la historia oral. Mucho material procedente de entrevistas orales se encuentra "escondido" en libros que también se han valido de las fuentes documentales más respetadas. Muchas veces, los historiadores fundan su conocimiento en los métodos de la historia oral, pero generalmente no explicitan la índole de la información, ni la manera en la que fue obtenida. Mi propio artículo de *Ciencia y sociedad* sufre de esta deficiencia, así como los libros de Mallon y Roseberry. De todo lo anterior se puede concluir que esto no es aconsejable. Artículos y libros que tengan una pretensión científica deben explicitar los fundamentos de su metodología y de su interpretación.

Ahora bien, las fuentes orales no sirven exclusivamente como argumento de estudios científicos. También pueden publicarse **in extenso** por el historiador, con la condición de que éste los redacte un poco. Son los llamados documentos testimoniales o **life-stories**. De esta manera, se puede concebir una verdadera fuente que pueda ser utilizada o interpretada por otros historiadores. Ejemplos elocuentes de estos testimonios son la historia de una mujer de las minas de Bolivia, un dirigente indígena del Perú y un esclavo prófugo cubano.⁴⁶

Aquí debe referirse otro aspecto muy interesante de la historia oral: su valor heurístico. Como escribe J. Stubbs: "Los testimonios orales ofrecen una profundidad y elasticidad, una riqueza y

vitalidad, un sentido de lo incuantificable, que muchas veces no pueden ser conseguidos con otros métodos de investigación".⁴⁷ El valor heurístico, la comprensión de otra época y otra cultura de una manera directa, sin la intervención de la razón, es una de las propiedades más excepcionales de la historia oral. Las entrevistas que están publicadas en el librito de María Filomena González nos dan, por ejemplo, una visión directa y humana de una parte de la historia dominicana que de otra manera prácticamente no se puede conseguir. No puede sorprender, entonces, que se lean y se vendan las historias personales de Domitila y Esteban como novelas.

Como las fuentes orales inducen a compenetrarse con el pasado lejano, muchos historiadores optaron por utilizar formas noveladas para la presentación del material. Esta manera de escribir, perdiendo terreno en las posibilidades de verificación y ganando en la amenidad de la lectura, hizo posible la creación de un libro tan magnífico como el estudio de la familia Sánchez, en la ciudad de México, de Oscar Lewis.⁴⁸ En el ámbito dominicano, ha escrito el francés Lemoine un libro sobre la situación de los braceros haitianos que trabajan en la zafra del azúcar. Usando técnicas novelísticas, la historia oral y métodos de investigación tradicionales, la obra adquiere así una elocuencia fenomenal.⁴⁹

No puedo dejar de referirme a novelas históricas como *Over* de Marrero Aristy, *La Mañosa* de Bosch y la obra de Freddy Prestol Castillo,⁵⁰ que nos muestran la fuerza heurística que puede resultar de la combinación de la historia y la novelística. No obstante, por el momento es preferible presentar los resultados de la historia oral lo más claros y controlables posible, sobre todo porque no todos los historiadores son novelistas aventajados.

El último aspecto que debe ser considerado como de suma importancia es la obligación que tiene el investigador de devolver de una forma u otra los resultados de su trabajo a la gente y la sociedad sobre los que ha hecho su investigación. Esto puede hacerse a través de charlas en la comunidad misma o por la distribución de estudios escritos. Es verdad que puede resultar en ocasiones difícil; pero los historiadores orales deben de guardarse de un bandidismo intelectual: marcharse furtivamente de la comunidad con su botín y nunca más volver por allí.⁵¹ La historia oral es el resultado de la conjugación del sujeto histórico y el historiador: para ambos el haber coincidido tiene que dejar un compromiso. La persona entrevistada ha ofrecido una parte de su patrimonio cultural e histórico al historiador. Este último debe justificar el uso y la interpretación de los resultados ante sus colegas, pero sobre todo ante la misma gente que le dio su confianza y le hizo partícipe de la cosa más preciosa que posee, su historia.

Pero esto no lo es todo. La historia oral hace posible una verdadera historia social, en la que el actor histórico no surge únicamente como una víctima pasiva de las estructuras históricas, sino también como un sujeto activo de su propia existencia. Puede mostrarnos, por ejemplo, que el desprecio tradicional hacia la gente popular, por parte de las élites urbanas, ha cerrado los ojos a estas élites para percibir la creatividad y la energía que en el pueblo se puede encontrar, y contradice por completo la pasividad y la apatía que se le imputa.⁵²

Es tiempo de que la historiografía, tanto la tradicional como la inspirada por el materialismo histórico de Carlos Marx, se sacudan de esta visión parcializada. La historia oral puede ayudar mucho a ello.

Esto es sobre todo importante en una sociedad que se transforma tan rápidamente como la sociedad dominicana. Cada día se van perdiendo expresiones culturales y conocimientos precisos, dejando a las generaciones nuevas en un vacío cultural e histórico. Durante mucho tiempo se ha pensado que tal abismo social y cultural era necesario para la llamada "modernización" de la sociedad.⁵³ Sin embargo, cada día se torna más claro que tales teorizaciones se han equivocado completamente. El desarrollo de un país como la República Dominicana solamente puede apuntalarse en sus propios fundamentos culturales e históricos. Sin querer exagerar la influencia de la ciencia histórica, se puede afirmar que ella puede contribuir al conocimiento y revalorización de la cultura popular y la historia dominicana.⁵⁴ Y eso no para conservarla como fácil fósil inalterable, sino más bien para colaborar en la concepción de soluciones creativas a los problemas sociales tan grandes de la sociedad dominicana actual.

En concreto, se podrían considerar las siguientes sugerencias para estimular la historia oral en la República Dominicana. Para crear una generación nueva de historiadores que sepan manejar la historia oral, es necesario empezar por las universidades. En los departamentos de historia de varias universidades se podrían empezar proyectos de historia oral, con una participación activa de los estudiantes. Se puede pensar en una materia de historia oral, con sesiones en las que se traten las posibilidades y limitaciones de ella, acompañadas de una pequeña investigación, preferiblemente en una región cercana al centro académico. Esto podría hacerse con la finalidad de esclarecer un aspecto específico de la historia dominicana o hacer una historia de vida, aunque también pueden hacerse entrevistas "abiertas" y generales que pueden servir como una fuente general para la historiografía posterior. Un ejemplo de un proyecto similar se puede encontrar en el folleto que el historiador inglés A. Roberts escribió hace casi 20 años a instancias del Gobierno de Tanzania, para los estudiantes de ese país.⁵⁵

Desde luego, no se pueden esperar descubrimientos milagrosos de estos proyectos, pero puede ayudar a conservar un material histórico que está en peligro de desaparecer. También esto puede poner en contacto más directo a los estudiantes con su propia historia. Además, es muy importante dar a conocer los resultados de estas investigaciones, por ejemplo, por emisiones radiofónicas o por publicaciones de folletos. El movimiento puede estimular el interés y el deseo de conocer la historia local y regional y provocar de esta forma el surgimiento de otras fuentes históricas. Un ejemplo de eso se puede encontrar en las actividades de la emisora Radio Santa María, en La Vega, que durante diez años ha recopilado en cintas y emitido programas sobre la historia de comunidades campesinas.

La experiencia de esta institución, y la mía propia, es que la gente del campo tiene un gran interés por la historia de su propia región. En un esfuerzo sistemático de historia oral, se podría coleccionar e inventariar, en cooperación con la población local, tradiciones locales y conocimientos históricos.⁵⁶ No para conservarlos como una reliquia ancestral, sino como fundamento de una identidad cultural e histórica y -por tanto- una fuerza social y cultural, que pueda resistir las tendencias uniformantes y alienadas de una sociedad capitalista dependiente.

NOTAS

1. Baud, M. "La gente del tabaco. Villa González en el siglo veinte", *Ciencia y Sociedad*, IX(1): 101-137, enero-abril, 1984.
2. El origen de este concepto no está completamente claro. El concepto tampoco está libre de ambigüedad. Puede significar la investigación misma o el estudio que redacta el historiador después. Sobre esto: Thompson, P. "Editorial", *Oral History Journal*, IX(1): 3-4, Spring 1981.
3. Tosh, J. *The Pursuit of History (Aims, Methods and New Directions in the Study of Modern History)*, London/New York: Longman, 1984. Sobre todo capítulo 1: "The uses of history", pp. 1-26.
4. Redfield, R. /Singer, M. B. "City and Countryside: the Cultural Interdependence", En: Shanin, I. (ed.) *Peasants and Peasant Societies*, Harmondsworth: Penguin, 1971. pp. 337-365.
5. Stuart Hughes, H. *Consciousness and Society. The Reorientation of European Social Thought, 1890-1930*, New York: Vintage, 1977 (orig. 1958).
6. Rana, C.M. *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Madrid: Ed. Tecnos, 1981; sobre todo pp. 25-32.
7. Citado en: Henretta, J.A. "Social History as Lived and Written", *American Historical Review*, 84(5): 1306-1307, 1979.

8. Genovese, E.D. "Marxian Interpretations of the Slave South". En: Bernstein, B.J. (ed.) *Towards a New Past: Dissenting Essays in American History*, New York: 1968. p.91.
9. Introducciones generales son: Iggers, G.G. *New Directions in European Historiography*, Middletown: 1975, Stolanovich, T. *French Historical Method: the 'Annales' Paradigm*, Ithaca: 1976 y Cardoso, C.F.S./Pérez Brignoli, H. *Los Métodos de la Historia*, Barcelona: Ed. Crítica, 1976.

Sobre la relación entre la historiografía de los *Annales* y la historia oral se produjo una discusión interesante entre Clarence Smith y Vansina: (Clarence-Smith, W.G. "For Braudel: A Note on the 'Ecole des Annales' and the Historiography of Africa", *History of Africa*, (IV): 275-281, 1977 y Vansina, J. "For Oral Tradition (But not against Braudel)", *History in Africa* (V): 351-356, 1978.

10. Hay pocas introducciones accesibles sobre la Escuela de Frankfurt. La obra de Habermas es fundamental. Por ejemplo: Habermas, J. *Erkenntnis und Interesse*, Frankfurt am Main: 1973. Algunas aplicaciones prácticas se pueden encontrar en: Wolff, K.H./Moore Jr., B. *The Critical Spirit: Essays in honor of Herbert Marcuse*, Boston: Beacon Press, 1967.
11. Groh, D. *Kritische Geschichtswissenschaft in Emanzipatorischer Absicht*, Stuttgart: 1973; Wehler, H.U. *Geschichte als historische Sozialwissenschaft*, Frankfurt am Main: 1973 y "Geschichtswissenschaft heute". En: Habermas, J. (ed.) *Stichworte zur Geistigen Situation der Zeite* (2 tomos), Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1979.
12. Véase en la República Dominicana, por ejemplo, las obras de Roberto Cassá, Luis Gómez, Wilfredo Lozano e Isis Duarte.
13. Johnson, R. "Edward Thompson, Eugene Genovese, and Socialist-Humanist History", *History Workshop*, (6): 79-100, Autumn 1978.

En el mismo artículo se usa el término 'Culturalist marxism' (marxismo culturalista). En su violenta polémica con el estructuralismo de Althusser, E. P. Thompson mismo rechazó este término: Thompson, E.P. *The Poverty of Theory and Other Essays*, New York/London: Monthly Review Press, 1978.

14. Aparte de la obra de Gramsci mismo, véase: Laciou, E./Mouffe, C. *Hegemony & Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, London; Verso, 1985. pp. 65-71.
15. Dentro de la historiografía marxista europea se ha desarrollado una agria discusión entre los 'culturalistas' y los 'estructuralistas', o alrededor de esta problemática. Los primeros rechazan el determinismo cuasi-positivista de los últimos. Los editores del *History Workshop Journal*, por ejemplo, escriben: "Una historia que esté compuesta de relaciones lógicas ya teoretizadas, solamente puede ser perfeccionada por la pérdida de cualquier especificidad, sea en tiempo histórico, sea

en espacio.", "Editorial: History and Theory", *History Workshop Journal*, (6): 5, Autumn 1978.

16. Este término ha sido usado recientemente de nuevo en cuanto al Tercer Mundo por Wolf, E.R. *Europe and the People Without History*, Cambridge: 1982.
17. La literatura más importante sobre la historia oral es: Thompson, P. *The Voice of the Past: Oral History*, Oxford: 1978, que considera la historia oral sobre todo como un medio para dar a las clases dominadas su papel en el discurso histórico; Niethammer, L. (ed.) *Lebenserfahrung und kollektives Gedächtnis: Die Praxis der 'Oral History'*, Frankfurt am Main: Syndikat, 1980, una colección de artículos en alemán, en la cual se expone el trabajo de los principales historiadores europeos que han trabajado con fuentes orales; Henige, D. *Oral Historiography*, London: Longman, 1982, una reseña de los problemas prácticos de la historia oral, basada en las investigaciones del autor en Africa y Joutard, P. *Ces voix qui nous viennent du passé*, s.l., Hachette, 1983, un compendio de las posibilidades distintas que ofrece la historia oral, fundamentado en la experiencia francesa.
18. Tosh, J. *The Pursuit...*, capítulo 10: "History by word of mouth", pp. 172-191.
19. En cuanto a las tradiciones orales ningún historiador puede ignorar: Vansina, J. *Oral Tradition: A Study in Historical Methodology*. London: Routledge & Kegan, 1965. Recientemente publicó sus ideas revisadas en *Oral Tradition as History*. London-Nairobi: Heinemann, 1985. También: Miller, J.C. (ed.) *The African Past Speaks; Essays on Oral Tradition and History*, Folkestone: Dawson/Archon, 1980.
20. Vansina, J., *Oral Tradition*. p. 78.
21. Wachtel, N. *La Vision des vaincus Les Indiens du Pérou devant la Conquête espagnole*, Paris: Gallimard, 1971.
22. Véase, por ejemplo, el programa de Historia Oral del Museo Nacional de Historia del INAH en México. También: Olivera de Bonfil, A. *La tradición oral sobre Cuauhtémoc*. México: UNAM, 1980.
23. Para la situación latinoamericana: Derpich, W./Huiza, J.L./Israel, C. (eds.) *Testimonio: Hacia la sistematización de la historia oral*. Lima: CIESUL, 1983.
24. Dice Thompson, P., *The Voice...* p. 2. "La historia oral no es forzosamente una instrumento para el cambio; depende de la manera de su uso. Sin embargo, la historia oral puede transformar tanto el contenido, como la finalidad de la historia".
25. Chambers, R. *Rural Development: Putting the Last First*. London: Longman, 1983. pp. 8-9.

26. Esta división se funda en: Joutard, P., *Ces voix qui...* pp. 167-179.
27. Craig, A.L. *The First Agrarists. An Oral History of a Mexican Agrarian Reform Movement*. Berkeley: UP of California, 1983; Meyer, J. *La Cristiada* (3 tomos). México: Siglo XXI, 1973.
28. Cordero, M. *Mujeres de Abril*. Santo Domingo: CIPAF, 1985. González, María Filomena. *Línea Noroeste: Testimonio del patriotismo olvidado*. Santo Domingo: Universidad Central del Este, 1985. Sobre el mismo período en Haití: Gailler, R. *Les Blancs débarquent* (6 tomos). Port-au-Prince: Imprim. Le Natal, 1974-1983, que extensivamente hace uso de fuentes orales.
29. Roseberry, W. *Coffee and Capitalism in the Venezuelan Andes*. Austin: 1983; Mallon, F.E. *The Defense of Community in Peru's Central Highlands*. Princeton: 1983.
30. Joutard, P., *Ces voix qui...* p. 139. Sobre el mismo tema: Portelli, A. "The Peculiarities of Oral History", *History Workshop*, (12): 99-100, Autumn 1981.
31. Joutard, P. *Ces voix qui...* p. 160.
32. Fueron sobre todo: la accesibilidad al pueblo, la corta distancia a Santiago y el interés que tenía el empleado del Intabaco en esta región. Además, Villa González está considerado como un centro tradicional del sector tabacalero: Baud M. "La gente del tabaco..." pp. 110-111.
33. Joutard, P. *Ces voix qui...* pp. 174 y 179.
34. Margarita Cordero, (*Mujeres de Abril*) también habla sobre la 'vida cotidiana', pero usa el concepto no tanto en el sentido etno-histórico, sino más bien contradiciendo al heroísmo masculino, que está ligado generalmente a la Revolución de Abril de 1965.
35. Grele, R.J. "Ziellose Bewegung. Methodologische und Theoretische Probleme der Oral History", En: Niethammer, L. (ed.) *Lebenserfahrung und kollektives Gedächtnis: Die Praxis der 'Oral History'*. Frankfurt am Main: Syndikat, 1980. p. 149. También: Tonkin, E. "Implications of oracy: An Anthropological View", *Oral History*. III(1): 41-49, 1975.
36. Tosh, J. *The Pursuit...* pp. 178-189.
37. Por ejemplo: Srinivas, M.N./Shah, A.M./Ramaswamy, E.A. (eds.) *The Fieldworker and the Field. Problems and Challenges in sociological Investigation*, Delhi: Oxford UP, 1979. También: Dumont, J. P. *The Headman and I Ambiguity and Ambivalence in the Fieldworking Experience*, Austin/London: UP of Texas, 1978 y Geertz, C. "'From the Native's Point of View': On the Nature of Anthropological Understanding", En: Dolgin, J.L./Kemnitzer D.S./Schneider, D.M. *Symbolic Anthropology*. New York: Columbia UP, 1977.
38. Para el mismo problema en India: Srinivas, M.N., *The Fieldworker...* p.5.

39. Henige, D., *Oral...*, pp. 48-49.
40. Srinivas, M.N., *The Fieldworker...* p. 3.
41. Henige, D., *Oral...*, p. 184.
42. Para unos ejemplos elocuentes de preguntas 'malas': Henige, D., *Oral...*, pp. 34-36.
43. Thompson, P., *The Voice...*
44. Craig, A.L., *The First...*, p. 271.
45. Henige, D. "In the Possession of the Author': The Problem of Source Monopoly in Oral Historiography". *International Journal of Oral History*, I (3): 181-194, 1980.
46. Viezzer, M. 'Si me permiten hablar...'; *Testimonio de Domitilia, una mujer de las minas de Bolivia*. México: Siglo XXI, 1977; Neira Samanez, H. *Huilca: Habla un campesino peruano*. La Habana: Casa de las Américas, 1974; Barnett, M. *Biografía de un cimarrón*. Barcelona: Ariel, 1968. También: Burgos Debray, E. *Me llamo Rigoberto Menchu (Testimonio)*. La Habana: Casa de las Américas, 1983.
47. Stubbs, J. "Some Thoughts on the life story method in labour history and research on rural women". *IDS-bulletin*, XV(1); 35, 1984.
48. Lewis, O. *The Children of Sanchez*. Harmondsworth: Penguin, 1964 (orig. 1961). También: Fraser, R. *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros; Historia oral de la guerra civil española* (2 tomos). Barcelona: 1979.
49. Lemoine, M. *Sucre Amer Esclaves aujourd'hui dans les Caraïbes*. Paris: Encre, 1981. (Traducción en español por el CEPRAE: *Azúcar Amargo*. Santo Domingo: 1983).
50. Sobre todo: *El Masacre se pasa a pie*. Santo Domingo: Ed. Taller, 1973. Preparando sus novelas, Prestol Castillo usaba los métodos de la historia oral. Entendía muy bien su valor. En su prólogo a *Pablo Mamá*, Miguel Angel Prestol le cita, diciendo: "Solía entonces conversar con los viejos de Neiba. En buena hora y aprisa. Suerte de arrancar profundos mensajes de la historia no escrita, antes de que la muerte, próxima, acallara sus voces. Así, iba recogiendo el acre y pintoresco material de la 'intra-historia', ésa que no está en los manuales ni en las monografías, gélidas, escritas en Gabinete, u hospedadas en la *Gaceta Oficial*, en legislación o en Decretos, implementos con los que suele estudiarse nuestra historia". Prestol Castillo, F. *Pablo Mamá*. Santo Domingo: Ed. Taller, 1985. p. IX.
51. Srinivas, M.N., *The Fieldworker...*, pp. 10-11.
52. Dos ejemplos del siglo XIX bastarán en este sentido: "Señálase como una de las causas principales del mal que aquí deploramos la indolencia y notoria apatía de las gentes del campo, quienes circunscribieron el cultivo al menor espacio de terreno posible y satisfaciendo a muy poca

costa sus necesidades, no sienten el más pequeño estímulo por acrecentar y mejorar la producción...", *El Porvenir*, II(18), 4 de mayo 1873; "Le hace necesario que nuestra gente de campo no malgaste el tiempo en las continuas fiestas a que se entrega casi a diario. (...) La atención y entretenimiento de un conuco exige constancia en el trabajo, y sobre todo, buen orden...", Memoria del Gobernador de Puerto Plata (Emilio Cordero), 1898, En: *Archivo General de la Nación*.

53. "La retención del pasado era considerada como un obstáculo para la modernización del país": Joutard, P. *Ces voix qui...* p. 155.
54. Véase, por ejemplo, la situación en Francia: Bouvier, J.-C/Bremond, H. P. y otros. *Tradition Orale et Identité Culturelle*. Paris: CNRS, 1980.
55. Roberts, A. *Recording East Africa's Past*. Dar es Salaam: East African Publishing House, 1968. Similares esfuerzos se pueden encontrar hoy en día en la enseñanza de historia en el Zimbabwe independiente: Ranger, T. "Revolutions in the wheel of Zimbabwean History", *MOTD*, dec. 1982/jan. 1983; pp. 41-45.
56. Bouvier, J.-C y otros. *Tradition Orale...* pp. 11-16.